



PEDRO REVETE

Trabajador jubilado del Museo de Arte Contemporáneo de Caracas

“Una obra de arte es como una mujer bella, hay que cuidarla mucho”

¿Cuántos años trabajó en el museo?

Trabajé durante **32 años** en el **Museo de Arte Contemporáneo de Caracas**. Ingresé en 1975, era el Jefe de Utilería y Montaje, como se llamaba en esa época. Hace seis años me jubilaron, aunque yo quería seguir porque adoro mi trabajo. A veces me llaman para hacer algún montaje.

¿Cómo llegó a trabajar en el museo?

Me inicié en este oficio en la **Galería Estudio Actual**, la cual dirigía Clara Diamant de Sujo. Comencé como motorizado y al poco tiempo ya estaba ayudando a hacer los montajes. Después la Galería empezó a hacer subastas. Pedro León Zapata era el que llevaba el martillo y yo, el que mostraba las obras. Me tenía que quedar hasta las once de la noche y después arreglármelas para llegar a mi casa, cuando eso vivía en Puente Hierro. Ya tenía cinco años trabajando allí y me sentía un poco desmotivado, porque no había recibido mejoras laborales, así que renuncié.

Cuando renuncié, decidí que me iría unos días a Los Andes. Estaba empacando, cuando llegó un mensajero a la casa y me dijo: “¿Usted es el señor Revete? La señora Sofía Imber quiere conversar con usted”. Lo consulté con mi esposa y ella me dijo que fuera. Me entrevisté con la señora Sofía, conversamos sobre el sueldo y aunque no podía pagarme lo que ganaba en la Galería, insistió en que empezara a trabajar. Ella fue muy hábil y me convenció. Me dijo: “Vamos a hacer una cosa, te doy una semana remunerada y decides”. Bueno, esa semana se convirtió en 32 años.

El trabajo de montaje es muy técnico, con el tiempo aprendes a dominar el espacio. Las obras más difíciles son las que se ensamblan y las aéreas.

¿Recuerda haber visitado museos antes de trabajar en uno?

No. El arte atrapó mi atención cuando empecé a trabajar en la Galería Estudio Actual, hasta entonces nunca me acerqué a los museos.

¿Qué le motivó a quedarse?

Sentí que hubo un cambio. El museo se convirtió para mí en una universidad, yo era un muchacho, apenas tenía 25 años. Nunca pensé que iba a conocer y a trabajar con artistas nacionales e internacionales que hoy en día tienen renombre, como Botero, Vasarely, Segal, Soto, Cruz-Diez, Jacobo Borges, entre otros. La señora Sofía Imber y la señora Rita Silvestrini me trataron muy bien.

Había un equipo de trabajo, todos éramos muy unidos, cuando las cosas se ponían difíciles nadie decía que no. Pintores, carpinteros, todos solucionábamos. Aproveché sus conocimientos porque me ponía a trabajar con ellos, incluso aprendí marquetería. Estaban además los espacios de extensión en el Museo de Arte Coro, la Galería Cadafe, la Galería de Ipostel, el Maccsibus. Muchas veces nos llamaban para apoyar a otros museos.

¿Hay algún recuerdo especial?

Guardo muchos recuerdos porque en el museo se montaron grandes exposiciones. La de Henry Moore, fue una de las más fuertes, porque hubo que ingeniárselas para meter 40 toneladas de bronce en el museo. Eso lo planificaron varios arquitectos, pero el movimiento de obras lo hicimos nosotros.

En la muestra del artista estadounidense Robert Rauschenberg aprendí mucho del equipo que vino a hacer el montaje.

Para la exposición de George Segal, vino una persona que era el encargado de ubicar las obras. La señora Sofía me dijo: “Páratele al lado, que con él vas a aprender”. Y así fue, yo observaba lo que el señor hacía, hasta que me preguntó: “¿Usted quién

es?” Le contesté: “Soy el instalador de exposiciones del Museo, ¿Lo puedo ayudar en algo?” Me dijo: “Ah, bueno sí. Puede montar esta obra.” Respondí: “Dígame a qué altura la quiere y cómo la quiere”, y en 15 minutos ya estaba montado todo.

En el Museo se montaron dos grandes exposiciones de Jesús Soto. Una vez estábamos terminando de montar y él se acercó. Yo le dije: “Maestro, quedan como cinco obras por montar”. Entonces un compañero se acercó y propuso que mientras nosotros hablábamos, él podía colgar esas obras. Soto le respondió: “No, eso es trabajo del señor Revete, él las va a instalar”.

En el Salón Pirelli a veces te llegaban artistas que después no se acordaban cómo iba dispuesta la obra, muchas no tenían numeración, ni orden.

¿Una anécdota?

Hace muchos años, en el Museo, se utilizaban escaleras de bomberos para ajustar la iluminación de las salas. Estábamos terminando de ajustar las luces de la exposición de Vasarely en la sala principal, que es una de las más altas. Eran las cuatro de la madrugada. Yo me subí para cambiar los reflectores y de repente sentí que la escalera empezó a deslizarse, era que la persona que me estaba sosteniendo la escalera se había ido. Afortunadamente esa sala tiene una rejilla de metal, de allí me agarré y sostuve la escalera, que ha podido caer sobre las obras. Una obra de arte es como una mujer bella, hay que cuidarla mucho.

Hace unos años se quemó la Torre Este de Parque Central, eso fue un “corre y corre”. Esa noche nos fuimos temprano luego de terminar un montaje, al día siguiente nos llamaron para movilizar y resguardar las obras.

Una obra, un espacio, personaje, una exposición

La Odalisca, de Matisse. Es una **obra** especial para mí, para la señora Sofía, para el museo. Siempre que se exponía se le ubicaba en una pared destacada, con un color diferente. Cuando se robaron la pieza tuve que ir a declarar a la Interpol. Me dio mucha alegría cuando supe que

la habían recuperado. *El Gato* de Botero también tiene historia, es una de las obras más llamativas del Museo.

Un espacio, el *Taller de Niños del Museo de Arte Contemporáneo* y la *Sala de Usos Múltiples*, que ahora es el auditorio, siempre me gustaron.

Un personaje, no se puede obviar a *Sofía Imber*. Recuerdo también a *Julio Ovelmejía*, diseñador de exposiciones, fue uno de los que empezó a usar colores en las exposiciones a finales de la década de 1970 y principios de 1980. “*El Flaco*” *Álvarez* también es un personaje, sabe de todo.

Hay **exposiciones** que no se pueden olvidar, como la exposición de *Reverón* (1977), le hicieron un fondo de yute y las obras estaban suspendidas con unas guayas francesas.

¿Qué le ha dado el museo como profesional?

Muchas satisfacciones. Tuve la suerte de trabajar en un espacio al que llegaban muchas exposiciones internacionales y adquirí conocimientos. Uno de los mejores regalos para mí es terminar un montaje y ver que la gente queda satisfecha. El museo forma parte de mi vida, mi nombre está en el libro que se publicó sobre el MACCSI.

¿Qué piensa le ha aportado al museo?

Pienso que con mi trabajo y mis conocimientos le dí, no sólo al museo, sino al país, cultura.

¿De qué manera el museo ha influido en su vida familiar?

Mi señora trabajó en el museo y mis hijos estuvieron allí. Tengo una sobrina a la que le encanta ir.

¿Por qué y para qué ir a un museo?

Cuando vemos una obra, todos deberíamos saber quién la hizo. Creo que hay que motivar a las personas a visitar a los museos, hablar con ellas, trabajar con los colegios, con las universidades. ■